

Que el juicio eterno á su pesar veía,  
De esta manera oyó que le decía:  
"Refiere tú en el púlpito mañana  
"Lo que has visto esta noche, y quien osare  
"Dudar de esta justicia soberana,  
"Que en este muro nuestra huella vea,  
"Y ante esta marca se horrorice y crea."

Y así diciendo, con su negra mano  
En la pared trazó círculo oscuro,  
Y un fuego roedor en polvo vano  
Trocó la piedra del macizo muro.  
Y soplando despues en la pavesa  
Por el ancho y mofético agujero,  
Huyeron los fantasmas con su presa,  
Huella indeleble su espantoso bando  
En el tostado boqueron dejando.

Quedó aterrado el santo religioso  
Al pié de la vacía sepultura,  
Mirando por el aire nebuloso  
Veloz huir la aparicion impura;  
Hasta que el cabo, de terror transido,  
Desfalleció sin voluntad ni aliento,  
Y cayó sin sentido  
Al desgarrarse airado el firmamento  
De un trueno con el cóncavo estampido.  
Brotó la tempestad: rompió el nublado  
Su henchido vientre, y con fragor crujieron  
El rayo de las nubes desatado,  
Y el granizo con furia desgajado,  
Que al paso audaz del huracan siguieron.

Al iracundo estrépito inaudito,  
Estremeciése la ciudad dormida,  
Tal vez creyendo que la humana vida  
Tocaba con su término prescrito:

Y al desórden innoto  
Qué vió desbaratar los elementos,  
Tembló el malvado y se humilló el devoto,  
Vueltos á Dios sus torpes pensamientos.

Y diz que al otro dia  
Todo Valladolid se despoblaba,  
Y la tumba vacía  
A contemplar venia,  
Y viendo el boqueron se santiguaba;  
Porque en su Dios la multitud creía  
Y á su Dios adoraba. . . . .

Perdon, ¡oh buen lector! si en un exceso  
De humor fatal, con tan oscura tinta  
Pude contarte tan atroz suceso;  
No siempre alegre nuestra pluma pinta  
De ciego amor el voluptuoso halago,  
El bullicio del circo y los festines,  
De blancos sueños el tumulto vago  
Y el aroma del templo y los jardines.  
No siempre paz el corazon respira,  
Placer, y delicioso arrobamiento,  
Ni siempre suena en mi cansada lira  
Del placer y el amor el grato acento.

Tal es la tradicion: así la cuenta  
El pueblo por do quier, y así la escribo;  
Si como está, lector, te descontenta,  
Tu juicio al fin con humildad recibo.  
Y en fé de que te escucho y te respeto,  
Relacion esmerada y esquisita  
A la vuelta de esta hoja te prometo;  
Desagraviéte; pues, *mi FAVORITA*.

## LEYENDA SETIMA.

### LAS PILDORAS DE SALOMON.

#### CUENTO.

Vivia en cierto lugar  
De la Estremadura, un juez,  
De ir llegando á la vejez  
Con grandísimo pesar.  
Era el tal un hombre obeso,  
De gran nariz, buen color,  
Formidable bebedor. . . .  
Hombre, en fin, de mucho seso.  
Hombre á quien nunca ablandaron  
Las desventuras mayores,  
Ni las palabras mejores  
Crédito con él lograron.  
Hombre de peso y medida,  
Que por los dedos contaba,  
Pero que no equivocaba  
Número alguno en su vida.  
Juez tan recto y justiciero,  
Que tendió con gran pericia  
La izquierda á la justicia  
Y la derecha al dinero.  
Y así solia decir:  
"El que dinero no tenga,  
"Que no litigue, ni venga  
"Justicia mia á pedir.  
"Porque si hacerla es mi oficio,  
"No he de ser tan majadero  
"Que no sea yo el primero  
"Que goce su beneficio."  
Y con este parecer  
Y con tan sana opinion,  
Era el oro su razon,  
Su porvenir el placer.  
Vivir bien era su afan;  
Vivir y gozar sin tasa,  
De modo que era en su casa,  
No el señor, sino el sultan.

No se escaseaba delicias  
Ni se negaba placeres,  
Y su mesa y sus mujeres,  
Fruto eran de sus justicias.  
Egoista hasta lo sumo,  
Voraz por naturaleza,  
Y de una rancia nobleza  
Embriagado con el humo,  
Era este juez, (sin rodeos)  
Un ricote de lugar,  
Que nunca pensó en tasar  
Su ambicion, ni sus deseos;  
Tan satisfecho y casado  
Con sus propias opiniones,  
Como asido á los doblones  
Que le sudaba el juzgado.  
Jamás pensó en su egoismo  
Que mirar por los demas  
Debía; no vió jamás  
A nadie como á si mismo.  
Jamás su opípara mesa  
Parásitos asaltaron,  
Ni sus sentencias faltaron  
Sino en razon de la presa.  
Con mas razon litigaba  
Quien mas ofrenda esponia,  
Y mejor causa tenia  
Quien mejor se la pagaba.  
Tal era, amigo lector,  
Este golilla estremeño,  
Que alcanzaba mucho empeño  
En la corte, y gran favor.  
Pues poderosa le ausilia  
Por su gran privanza en ella,  
Una negocianta bella  
Allegada á su familia.

Mas es tan frágil, tan vana  
 La felicidad terrena,  
 Que toda nos la envenena  
 La desazon mas liviana.  
 Gozaba este juez sin tino,  
 Sin mas bien, ni porvenir,  
 Dejándose en brazos ir  
 De su pródigo destino.  
 Mas habia un pensamiento  
 En su cabeza empotrado,  
 Que le tenia agobiado,  
 Desabrido y mal contento.  
 La idea de que *tan poco*  
 La vida mortal duraba,  
 Era cosa con que andaba  
 El buen estremeño loco.  
 Pensar que al fin era ley  
 Imposible de evitar,  
 La existencia abandonar  
 Lo mismo el patan que el rey;  
 Y pensar que en un grosero  
 Sayal áspero enterrado,  
 Habia de ser pateado  
 Por algun sepulturero;  
 Era un pensamiento cruel  
 Que afanado le atraia,  
 Y apachugarse no podia  
 El estremeño con él.  
 Continuamente al espejo  
 El semblante se miraba,  
 Sobre la edad que mostraba,  
 Demandándole consejo.  
 Y porque de sus cabellos  
 No hubiese blanco ninguno,  
 Arrancaba uno por uno  
 Cuantos encontraba en ellos.  
 Y en fin, si medio le hallara  
 De vivir un año mas,  
 Aun del mismo Satanás  
 Las propuestas escuchara.  
 Consiguiente á esta manía  
 De tropezar con manera  
 Para hacer mas duradera  
 La vida mortal, tenia  
 Con solo un hombre amistad,  
 Y esta amistad era un médico,  
 Cronicon enciclopédico  
 De su oscura facultad,  
 Amigo de las botellas  
 Como el golilla, testigo  
 De sus proezas, y amigo  
 Por demas de las doncellas,  
 Era el único mortal  
 Que osaba delante de él  
 Representar su papel  
 Sin que él lo llevara á mal,  
 El era quien de las multas  
 Cargaba con el producto,  
 Por el seguro conducto  
 De sus continuas consultas.  
 Y con su docto consejo  
 Y acertadas opiniones,

Gastaba el juez sus doblones  
 Para no llegar á viejo.  
 Y así la melancolía  
 De la vida iban matando,  
 En la noche prolongando  
 Las bacanales del día.  
 Y así contentos los dos,  
 Aunque con diversos fines,  
 Con rícepes y festines  
 Iban del placer en pos.  
 El médico, del golilla  
 Imperturbable verdugo,  
 Iba sacándole el jugo  
 Del juzgado á maravilla.  
 E iba creyéndose el juez  
 Que con remedios tamaños,  
 Iba alargando los años  
 Y esquivando la vejez.

En una noche de marzo  
 Turbia por demas y lóbrega,  
 En que con ira los vientos  
 Desencadenados soplan,  
 Desiertas están las calles  
 De Medellin, y en la sombra  
 Todo solitario yace,  
 Todo tranquilo reposa,  
 Solo el silencio interrumpe  
 La voz destemplada y bronca  
 Del ábrego, que se estrella  
 Contra las murallas sólidas,  
 Y el ágrio son con que giran  
 En las agujas mohosas  
 Las veletas al impulso  
 De las ráfagas sonoras.  
 Era ya tarde, y estaba  
 La media noche muy próxima,  
 Cuando en la casa postrera  
 De una callejuela angosta,  
 Se oyeron voces confusas  
 De diferentes personas,  
 Que del portal se acercaban  
 Por la cavidad recóndita.  
 Brilló la luz de la puerta  
 Por entre las tablas rotas,  
 Giró la llave, y salieron  
 Cinco hombres en faz de ronda.  
 Llevaba el uno delante  
 Encendida una farola  
 Con que alumbraba los pasos  
 De otro, que á distancia corta  
 Le seguia, y los demas  
 Daban á este último escolta,  
 Embozados en sus capas  
 Y asidos á sus tizonas.  
 Cruzaban así á buen paso  
 Las calles una tras otra,  
 Y ya tocaban al término  
 De su marcha silenciosa,  
 Cuando al salir á una plaza,  
 Dieron de manos á boca  
 Con la figura de un hombre

Que le cruzaba á deshora.  
 Su aventajada estatura,  
 Serena y magestuosa,  
 Su tez y su barba negra  
 Y el traje con que se adorna,  
 Su oriental origen pronto  
 Y á claras voces pregonan.  
 Mas no era de Medellin  
 La gente en trajes muy docta,  
 Y así se quedó un momento  
 Ante esta vision atónita,  
 ¿Quién va? (dijéronle)

—Un hombre.

—Buena razon!

—No tengo otra.

—¿Vuestro nombre?

—Es un secreto

Que á mí tan solo me importa.

—¿De dónde venís?

—Del mundo.

—¿Dónde vais?

—Donde me arroja

El impulso á que obedezco.

Mi rumbo es la tierra toda.

Por ella camino siempre

Sin consultar mi derrota.

Donde amanece, principia

Donde anochece se corta,

E igualmente me cobijo

En la corte que en la choza.

Quedó el juez meditabundo,

Y con sus miradas torvas

Tomando del extranjero

Las señas mas minuciosas;

Y al fin, como quien sospecha

Luéntica la persona

Con las señales que tiene,

Repuso con voz de mofa.

—Veníos, señor viajero,

A la cárcel por ahora,

Y aclararemos mañana

Respuestas tan misteriosas.

—Solo la verdad he dicho,

Y no añadiré otra cosa.

—Mañana habeis de contarme

Sin rebozo vuestra historia;

Y si me engaño, ireis libre;

Si sois quien busco, á la horca.

A esta amenaza, el incógnito

Con sonrisa melancólica

Dijo: ¡Si fuera posible

Esa promesa engañosa!

—Ya lo veremos mañana.

—Mañana ¡ah! saldrá la aurora,

Y á otros lugares la brisa

Me arrebatará imperiosa.

—Eso será lo que sea

Vuestra merced.

—En buen hora.

—Ea, asirle y registrarle,

Y prevenir que no esconda

Papel ni objeto que aclare

Su relacion sospechosa.

De la mañana siguiente  
 Rayaba la aurora apenas,  
 Y ya el juez de Medellin  
 Asentado ante su mesa  
 Con ojos devoradores  
 Registraba una cartera  
 Que en su pupitre tenia  
 Cuidadosamente puesta:  
 Era un libro de memorias,  
 Mas de tan antigua fecha,  
 Que ya de usarlas andaban,  
 Todas sus hojas revueltas.  
 Véase que añadido  
 Estaba en distintas épocas,  
 Segun el papel menguaba  
 Y crecia la materia.  
 Y era indudable que el dueño  
 Conocia muchas tierras,  
 Muchas distintas costumbres  
 Y muchas gentes diversas,  
 Porque en sus hojas se hallaban  
 Corolarios y advertencias  
 De los sucesos mas célebres  
 Que en las historias se cuentan.  
 En seis hojas de papiro  
 Escrita en latinas letras,  
 Estaba de Marco Antonio  
 Toda la historia secreta.  
 Su amor hácia Cleopatra,  
 Las lágrimas de la bella,  
 Su fuga de los romanos  
 Y su muerte lastimera.  
 Mas adelante, unas notas  
 De oscuras cifras hebreas  
 Con una imágen de Cristo,  
 Obra de mano maestra;  
 Léase en una parte:  
 "Y oí de su boca mesma  
 Decir esto á Constantino,  
 De su madre Santa Elena."  
 En otra parte decia:  
 "Copia de las cifras negras  
 Con que escribió en una gruta  
 David su salmo cincuenta.  
 Hízomelas ver su hijo  
 Cuando visitó esta cueva,  
 Donde iba el rey pecador  
 A cumplir sus penitencias."  
 Y con unos caracteres  
 Inteligibles apenas,  
 Léase en otra hoja:  
 "En mil trescientos setenta,  
 De don Pedro de Castilla  
 En Burgos ví las escéquias."  
 En otra parte, una página  
 De preguntas y respuestas  
 De el rey Luis XI de Francia,  
 Y el dueño de la cartera.  
 Aquí variaba el papel,  
 Y con pluma mas moderna  
 La escritura ejecutada,  
 Léase toda entera.  
 Habia allí muchas firmas

De persona de gran cuenta,  
De Luis XIV de Francia,  
De Ricardo de Inglaterra,  
Del emperador don Carlos  
De Alemania, y en pos de esta  
La del cardenal Cisneros  
Y Carlos XII de Suecia.  
Parecía que aquel hombre  
Sabía todas las lenguas,  
Pues notas tenía escritas  
De su mano en todas ellas.  
Y era muy sabio sin duda,  
Pues las artes y las ciencias  
Igualmente sometía  
A su crítica severa.  
Pasaba el juez muchas hojas,  
Que probablemente eran  
Aquellas que no alcanzaba  
Su mezquina insuficiencia;  
Pero con ansia indecible  
Se apoderaba de aquellas  
Que escritas en castellano  
Suministrábanle ideas;  
Sobre todo ávidamente,  
Devoraba las postreras,  
Que estaban la mayor parte  
De historias y versos llenas.  
Muchas había de insignes  
Desconocidos poetas,  
De quien por mas que valieron  
Huyó la fortuna adversa.  
Mas siempre del juez dejaba  
La imaginación incierta  
Cuanto en las hojas leía  
De la confusa cartera:  
Porque esparcidos á trozos  
En desordenadas piezas,  
Sus misteriosos fragmentos  
Decían de esta manera.

## PRIMER FRAGMENTO.

Jamas me pararé: siempre á mis ojos  
Se estiende, y á mis piés, algun camino  
Por breñas, por pantanos, por abrojos.  
Sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo  
Mas que miseria, ingratitude y dolo,  
He sentido tal vez duelo profundo,  
Por falta de un hermano vagabundo  
Con quien girar . . . pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,  
Esa orgía que llaman mundo,  
Al plomo apellidan plata,  
Y madre á la tierra ingrata,  
Y hermosura al cieno inundo.

Y si es que brilla en el cielo  
Tan magnífico farol,

Es porque en vez de consuelo,  
Reverberando en el suelo  
Los ojos deslumbra el sol.

## SEGUNDO FRAGMENTO.

El mundo dijo á la hermosa:  
"Puro tu honor guardarás."  
La hermosa dijo: "Soy débil."  
Y entonces la sociedad  
Encerró el honor en claustros.  
Y dorando su desman,  
Delante de los cerrojos  
Alzó traidora un altar,  
¿Qué debes, mujer, al mundo?  
Guardó tu honor, bien está.  
Pero por darte la honra,  
Te robó la libertad.  
Cinó á tu cuello una toca,  
Que fué para ti un dogal,  
Que en vez de ahogar tus pasiones  
Te las hizo acrecer.  
Puso á tus puertas un templo,  
Un muro entre la ciudad;  
Celosías en las rejas,  
Locutorios para hablar.  
Y tú, en tu largo abandono,  
Con descuido criminal  
Profanaste el santo templo,  
El muro pasaste audaz,  
El mundo á las celosías  
Te sentaste á contemplar,  
Y abriste apenada tornos  
Que al mundo van á llevar  
En primorosos juguetes  
Los suspiros de tu afán.

## TERCER FRAGMENTO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan  
Del aire transparente por la region azul?  
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan  
Del cénit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las man-  
(tiene?)

¿Con qué secreto impulso por el espacio van?  
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene  
Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¿Cuál rápidas se agolpan! ¿cuál ruedan y se ensan-  
(chan,

Y al firmamento trepan en lóbrego monton,  
Y el puro azul alegre del firmamento manchan  
Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,  
Avanzan en silencio sobre el rujiente mar,  
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,  
El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas:  
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;  
Ya reinan solamente por los espacios ellas,  
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle  
Del tenebroso velo que le embozó detrás,  
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,  
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¿Las nubes solamente!—;Las nubes se acrecientan  
Sobre el dormido mundo!—;Las nubes por do quier!  
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,  
Y se las ve en montones sin limites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos  
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion,  
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,  
Ya de movibles monstruos alígero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos  
Las desiguales copas y el campo desigual,  
Ya informes pelotones de objetos peregrinos,  
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guia?  
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz,  
Cuando retumba el trueno, y cuando va bravía  
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos  
El Hacedor Supremo del universo va,  
Y envuelto en sus vapores, sus senos mas profundos  
Estudia, y sus cimientos por sí caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda,  
Con impotente saña caminará Luzbel,  
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda,  
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable  
Que circundó la cumbre del alto Sináí,  
En tanto que el ardiente misterio impenetrable  
Que iluminó al profeta, se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma  
En inflamadas fuentes la cólera de Dios;  
Acaso sea alguna la que en los mares toma  
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¿Señor, yo te conozco! la noche azul serena  
Me dice desde lejos: "TU DIOS SE ESCONDE ALLÍ."  
Pero la noche oscura, la de nublados llena,  
Me dice mas pujante: "TU DIOS SE ACERCA A TI."

Te acercas, sí: conozco las orlas de tu manto,  
En esa ardiente nube con que ceñido estás;  
El resplandor conozco de tu semblante santo,  
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra, que pasa sin colores  
Detras de esos nublados que vogan en tropel:  
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores,  
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas,  
Del repentino trueno en el crugiente son,  
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,  
Tu aliento, en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia  
Mas que una arista seca que el aire va á romper?  
Tus ojos son el día, tu soplo es la existencia,  
Tu alfombra el firmamento, la eternidad tu sér.

¿Señor! yo te conozco, mi corazón te adora;  
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;  
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora  
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;  
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor,  
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,  
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálite llegara al arpa del poeta,  
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,  
Mi corazón, henchido del fuego del profeta,  
Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas  
Mecidas por las auras del oloroso Abril,  
Mas grata que del Fénix las últimas congojas,  
Y mas que los gorgoros del ruiseñor gentil.

Mas grave y magestuosa que el eco del torrente  
Que cruza del desierto la inmensa soledad,  
Mas grande y mas solemne, que sobre el mar hir-  
(viente)

El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¿Mas ay! que solo puedo postrarme con mi lira,  
Delante de esas nubes con que ceñido estás;  
Porque mi acento débil en mi garganta espira,  
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,  
Y aunque mi vista impura tu aparición no vé,  
Mi alma se enternece, y ante tu faz, de hinojos]  
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

## IV.

Quando sentí de tus ojos  
Las miradas sobre mí,  
Humildemente de hinojos  
Ante tus plantas caí.

Señor, tu soplo me impele,  
Tu voz me sigue detras,  
No hay nadie que me consuele  
Ni me conozca jamas.

Muchos siglos viví, mas no envejezco:  
Cada noche ¡ay de mí! que oscura cierra,  
Imagino que es mi última en la tierra,  
Mas con el nuevo sol siempre amanezco.

Aquí perdió los estribos  
El buen juez, y empezó á dar  
Furiosos campanillazos,  
Con desatinado afán.  
¡Jesus mil veces! (decía)  
Si no lo comprendo mal,  
Este hombre ha vivido siglos  
Sin envejecer jamas.  
Ya dí con lo que buscaba,  
¡Voto va Dios! aquí está,  
Este hombre tiene un secreto  
Con que obra prodigio tal,  
Y como instantes los años  
Dulcemente se le van.  
De qué modo se compone  
Para hacerlo, me dirá,  
O por quien soy, que esta noche  
Con Lucifer va á cenar.  
¡Lo hemos de ver, á fé mia!  
Lorenzo! Justo! Damian!  
—¡Señor!

—El preso de anoche,  
Ídme corriendo á buscar,  
Y á mi presencia traedle  
En diez minutos lo mas.

Hízose así, y tan á tiempo,  
Que este plazo al espirar,  
Con el extranjero á solas  
El juez se encontraba ya.

EL JUEZ.

De este lugar no salís,  
Mientras no sepa de vos  
Vuestra edad, patria y oficio,  
Qué buscáis aquí, y quién sois.  
Responded, pues, francamente.

EL ESTRANJERO.

Ya os dije anoche, señor,  
Que es un misterio mi nombre,  
Que á no descubrirle yo,  
No hay quien alcance en la tierra  
Ninguna interpretacion.  
Yo voy sin fin caminando  
De la tierra en derredor,  
Sin poder elegir sitio  
En que fijar mi mansion.  
Llego á poblado de noche,  
Descanso hasta el nuevo sol,  
Pero al despuntar el alba,  
—“Marcha!” me dicen, y voy.  
En vano el poder del hombre,  
Su capricho ó su temor,  
Torcer intentan el rumbo  
Que el cielo me señaló.  
En vano á necias sospechas,  
Abriendo su corazon,  
En un lugar como espía,  
En otros como traidor,  
Asegura mi persona  
En una oscura prision,  
Y ata mis piés fatigados  
En un potro infamador.

Yo sé que á la nueva aurora  
Volveré á oír esa voz  
Que siempre me grita: “¡marcha!”  
Y á cuyo mandato voy.  
Y entonces todo es inútil,  
El torbellino veloz  
De mi destino, á otra parte  
Me arrastra sin compasion.  
Este es mi oficio y mi suerte,  
Mi ser es este, señor.  
No pretendais saber mas  
De lo que os digo.

EL JUEZ.

—¡Eso no!  
En vano inventa tu lengua  
Tan insensata ficcion;  
Pese á ese fatal destino  
Que dices llevarte en pos, á  
Si á mis preguntas te niegs,  
Tu fin verdadero es hoy.

EL ESTRANJERO.

Las amenazas no pueden  
Torcer mi resolucion;  
Mas ya que es tanto el antojo,  
Preguntad.

EL JUEZ.

¿De dónde sois?

EL ESTRANJERO.

De Jerusalem.

EL JUEZ.

¿Qué años  
Contais?

EL ESTRANJERO.

Veintidos  
Siglos lo menos.

EL JUEZ.

¿Es cierto  
Lo que decís! conque vos  
Que contais veintidos siglos...  
Mas me falta la razon:  
¡Hablad, hablad, explicadme  
Este misterio, por Dios!  
Yo he visto en esa cartera,  
Que habeis llorado el dolor  
De caminar siempre solo,  
Estraño á toda aficion.  
Pues bien, del secreto hacedme  
Partícipe y por mi honor  
Os juro que desde ahora  
Vuestro compañero soy.

EL ESTRANJERO.

¡Oh, delirais! mas oidme  
Toda mi historia, señor.  
Yo he sido el mejor amigo  
Del sábio rey Salomon,  
(Y al escuchar esto, el juez  
Dos pasos retrocedió,  
Y así siguió el extranjero  
Sin notar su conmocion.)  
Cuando aquel rey descarriándose

Ante el judío de hinojos  
De repente se postró,  
Y así llorando le dijo:  
—Dadme una corta porcion  
De esas píldoras, y os juro  
Caminar siempre con vos.  
Yo nada tengo que daros  
Mas que mi amistad, mi amor...  
Dadme cien años de vida...  
Y....

—¡Callad, mísero!

—No,

No partireis sin que logre...  
—Pues bien, tomad esas dos,  
Y si os vale su asombroso  
Poder regenerador,  
Cien años os doy de vida  
Para que alabeis á Dios.

En esto se oyó en los aires  
Tronar la gigante voz  
Que dijo al Judío: ¡Marcha!  
Y al punto mismo partió.

Cuando el golilla á sus solas  
Se encontró ya en su aposento,  
Turbósele el pensamiento  
Con una idea fatal.  
¿Si habrá atentado á mi vida,  
Dijo, con tan vil engaño?  
¿Si invencion suya en mi daño  
Será esta trama infernal?  
Y absorto en tan triste idea,  
Sombrio y meditabundo,  
Quedó en silencio profundo  
Y en profunda distraccion,  
A su oscura incertidumbre  
Solucion buscando en vano,  
Las píldoras en la mano,  
Y el miedo en el corazon.

Decíase allá en su mente:  
¿Si yo algun medio alcanzara  
Que alguna luz arrojava  
Sobre la oscura verdad!  
¿Oh si cien años de vida  
Me asegurara el comellas!...  
¿Mas si las trago, y con ellas  
Me voy á la eternidad?  
¿Diréle al médico?... nunca,  
Si la lengua no me muerdo,  
Por Dios que el hombre no es lerdo,  
Y se las sopla por mí!  
¿Iré al confesor?... tampoco.  
Dirá que es cesa de hechizo,  
Y acaso algun bebedizo  
Hará de ellas para sí.  
¿Qué hacer, Santo Dios? tomarlas  
Puede salir cara fiesta,  
Mas necesidad manifiesta

A los vicios se lanzó,  
Y vió de su muerte cierta  
El gesto amedrentador,  
Me dijo: “Abasuero, en prueba  
“De que aun en mi corazon  
“Vive tu amistad ilesa,  
“A hacerte una ofrenda voy.  
“Mezcla lo que ves escrito  
“En esa tablilla, pon  
“Esa receta por obra,  
“Y vivirás mas que yo.  
“Eso ha alcanzado mi ciencia,  
“Mas con la cruel condicion  
“De que ha de gozar otro hombre  
“Su beneficio, y yo no.  
“Tú solo no has olvidado  
“A tu rey: toma, y adios.”  
A estas palabras el alma  
Entre mil congojas dió.  
Mirad, con esta receta  
Hice yo la confeccion  
De esas píldoras que llevo  
En esta caja, y con dos  
Que tomo cada cien años,  
Otros cien años me doy.  
Oid sin interrumpirme,  
Que hay poco tiempo, señor;  
Yo, ¡necio! con mi secreto  
Volvime duro, feroz,  
Hiceme, en fin, un malvado  
De perversa condicion.  
Vivia en Jerusalem  
Al morir el Redentor,  
Y al conducirme al suplicio  
En que la vida nos dió.  
Lleváronle por delante  
De mi casa, y al rumor  
De los gritos, y al tumulto  
Del pueblo, salí al balcon.  
Tendíome Jesus las manos  
Pidiéndome por favor  
Un vaso de agua, y un punto  
De reposo y detencion.  
—“Marcha, (le dije inhumano  
Y con ademan feroz)  
“Vé sin descansar al sitio  
“Que la ley te señaló.”  
Entonces él con voz mansa,  
Mas que me heló el corazon,  
Me dijo: “Tú tambien ¡bárbaro!  
“Andarás en derredor  
“De tu sepulcro girando  
“Sin descanso ni mansion.”  
Yo soy el judío errante,  
Esta es mi historia, señor;  
Estas píldoras me alargan  
La vida, y con ellas Dios  
Rejuvenecer me ordena,  
Y rejuvenezco y voy.

Aquí el juez de Medellin,  
Tras grave meditacion,

No tomarlas puede ser.  
 ¡Si las tomo y torno á jóven!...  
 ¡Mas si las tomo y estallo?  
 Probable á la par lo hallo.  
 ¡Válgame el diablo! qué hacer!  
 Y en duda tal se pasaba  
 Un dia tras otro dia,  
 Y nunca se decidia  
 Por ningun partido el juez.  
 En contemplar á sus solas  
 Sus píldoras se ocupaba,  
 Y del cajon las sacaba,  
 Y las guardaba otra vez.  
 Al fin, tras largas vigiliás,  
 Dijo una vez decidido:  
 "Mas vale mal conocido  
 "Que dicha por conocer;  
 "Iré pasando la vida  
 "Como hasta aquí la he pasado,  
 "Y si obro como un menguado,  
 "¡Qué diablos! ¿Cómo ha de ser?  
 "Pero, con una esperiencia  
 "Quisiera al fin convencerme...  
 "Pues el médico que duerme  
 "¡Todavía, ¡ea, valor!  
 "Está en su casa; no hay otro  
 "Diez leguas á la redonda,  
 "Cuando al efecto responda,  
 "Sea en contra ó en favor.  
 "Nadie dará con la causa.  
 "¡Bah! salga lo que saliere,  
 "Allá voy.—Y si se muere,  
 "Vaya por los que él mató."  
 Y en una copa de leche  
 Que junto al lecho vió llena,  
 El juez con mano serena  
 Las dos píldoras echó.  
 Fuese tras esto el suceso  
 A esperar solo á su casa;  
 Cada instante que se pasa  
 Es todo un siglo de afán.  
 A cada paso que siente  
 Por la torcida escalera,  
 Cree que la noticia fiera  
 De su muerte á darle van.  
 Al fin, despues de tres horas  
 De afanosa expectativa,  
 Llegó mas muerta que viva  
 Del médico la mujer,  
 Con mil suspiros contándole  
 Que en su aposento tendido  
 Está su pobre marido,  
 Muy prócsimo á fenecer.  
 Turbóse el juez á estas nuevas,  
 Mas cauto disimulando,  
 Con la mujer razonando,  
 Parte á su casa veloz;  
 Y al llegar al aposento  
 Que el terrible arcano encierra,  
 Encontró al médico en tierra  
 Sin movimiento ni voz.  
 Cárdeno el rostro, morado,  
 Los labios frios, y lleno

De manchas que del veneno  
 Señal evidente son,  
 Estaba ya el miserable;  
 Pero vivo todavía,  
 Débilmente le latia  
 Oprimido el corazón.  
 Lloraba á veces la esposa,  
 Y el juez que no se apartaba  
 Del médico, contemplaba  
 Los progresos de su mal;  
 Y cuanto mas le miraba,  
 Mas y mas se convenia  
 De que hacerse no podia  
 Mas por él que un funeral.  
 Y á media noche, el golilla,  
 Convencido firmemente  
 De que á la aurora siguiente  
 Seria cadáver ya,  
 Volvió á su casa, diciendo  
 Consigo mismo. "¡Eh? ¡ya escampa!  
 "Si llevo á dar en la trampa,  
 "Me largo por donde él vá."

## CONCLUSION.

Despues de una larga noche  
 De congoja y desazon,  
 Que en tucha consigo mismo  
 El juez criminal pasó,  
 Rindióse por fin en brazos  
 De sueño reparador,  
 Aunque acosado á las veces  
 Por fatigosa vision.  
 Ya vía espirar al médico,  
 Cuya moribunda voz  
 Decia *ese es mi asesino,*  
*Ese, ese es quien me mató.*  
 Ya le veia á deshora,  
 Fantasma amenazador,  
 Embozado en el sudario  
 Entrar por algun balcon.  
 Ya cercado se creia  
 De los hijos que dejó,  
 De la mujer y los deudos  
 Que le venian en pos,  
 El sustento demandándole  
 De que con él les privó,  
 Cuya fatal pesadilla  
 Le oprimia el corazón.  
 Al medio de su carrera  
 Llegaba el siguiente sol,  
 Cuando á unas desafortadas  
 Voces el juez despertó.  
 Furiosos golpes se oian  
 En su misma habitacion,  
 A la puerta de su cuarto  
 Redoblando con furor.  
 ¿Quién es? dijo, y respondieron  
 De fuera.—Abrid, que soy yo.  
 Hincóse el juez de rodillas

Traspasado de pavor,  
 Y con angustia horrorosa,  
 Cuantos santos recordó  
 Empezó á llamar á voces  
 En balbuciente oracion.  
 El médico era en persona,  
 Que no era de otro la voz.  
 —Voto á mil diablos (decia)  
 ¿Quereis abrir, ó me voy?  
 —Vuelve, enemiga fantasma,  
 (Decia el juez) vuelve á Dios,  
 No estoy diciendo que soy  
 Yo don Lucas, vuestro médico,  
 En cuerpo y alma?  
 —¡Gran Dios!  
 —Abridme, y oireis cosas  
 Que os parecerán ficcion.

Abrió por último el juez;  
 Pero cuál fué su furor  
 Al ver el rostro del médico  
 Vertiendo satisfaccion,  
 Y rebosando alegría,  
 Y juventud y vigor.  
 Clavó en él una mirada  
 El juez con una expresion  
 Tan desesperada y torva,  
 Tan siniestra y tan feroz,  
 Que el médico, percibiéndola,  
 Dos pasos retrocedió.  
 ¿Conque es verdad, dijo el otro,  
 Que vivo estais?  
 —Sí señor.  
 —Mas vigoroso, mas jóven!  
 —Venia por ello yo  
 A pedir las albricias,  
 Aunque ignoro la razon.

—La ignorais ¡nécio de mí!  
 (Replicó el juez) pues yo no.  
 —Como señor de un milagro.  
 —Yo he sido solo el autor,  
 Y si quereis de mi saña  
 Salvaros....

—En conclusion,  
 ¿Qué es esto?  
 —Que os aparteis  
 De mi vista, ó voto á Dios  
 Que os voy á hacer mil pedazos,  
 Sin poder con mi furor.  
 Y á estas palabras, asiendo  
 De un larguísimo espadon,  
 Iba á caer sobre el médico,  
 Que echó por un corredor.  
 Un aposento tras otro  
 Amedrentado cruzó,  
 Y dió por fin en la calle:  
 Mas al tender en redor  
 Los ojos despavoridos,  
 Con espanto grande vió  
 Que el juez se arrojaba á ella,  
 Lanzado por un balcon.

Cayó en las piedras el triste,  
 Y de tanta elevacion,  
 Que si intentaba matarse,  
 Con tino lo ejecutó.  
 Llegósele el pobre médico  
 Movido de compasion,  
 Mas era el golpe de muerte,  
 E inútilmente acudió.  
 El juez le dijo mostrando  
 En su rostro y en su voz  
 Las mas certeras señales  
 De honda desesperacion.  
 "Soy el hombre mas estúpido  
 "Que de mujeres nació,  
 "¡Maldita sea mil veces  
 "La ciencia de Salomon!"  
 A cuyas ruines palabras  
 El miserable espiró,  
 No comprendiendo el buen médico  
 Tan estraña confesion.